

—Por el contrario, son de suma importancia y de todo mi gusto.

—Me alegro, para que así tenga siquiera algun interes el duelo que vas á tener por ella.

—En el cual me vas á servir de padrino.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿En qué sitio va á tener lugar el desafío?

—Fuera del fortin de la Barra, en donde ambos estamos de guarnicion.

—Y á qué hora hemos de salir de aquí?

—Ahora mismo, porque la noche avanza á toda prisa.

—Pues andando.

—Al instante.

Y los dos, despues de despedirse de los amigos que se quedaban tomando café y que estaban de servicio en Tampico, se dirigieron á la Barra en busca del compañero de armas con quien Ramirez debia de medir su espada.

CAPITULO XXII.

La oficialidad mexicana, y una cita.

Mientras Ramirez, acompañado de su padrino, se dirige á la barra en busca de su adversario, trasladémonos á Pueblo Viejo, donde estaba el cuartel general del ejército mexicano.

En un espacioso comedor de las principales casas de la poblacion, con vista á una hermosa huerta, tenia lugar una escena semejante á la que hemos visto desempeñada en el anterior capítulo, por los jóvenes cadetes.

Serian poco mas de las dos de la tarde: un viento terrible y espantoso, últimos res-

tos del furioso huracán que habia llenado de consternacion en aquel dia á los habitantes de la costa, pasaba rugiendo y haciendo cimbrar las puertas vidrieras de los balcones que en aquel instante estaban cerradas.

Tres mesas se veian en este amplio comedor: una en cada extremo de él, y la tercera que contaba diez varas de largo, ocupaba el centro.

En una de aquellas se descubrian multitud de botellas de variados vinos, vasos, copas y fragmentos de alambre y plomo al lado de agujerados tapones que indicaban claramente que el espumoso champagne habia corrido en abundancia.

En la del otro extremo se veian muchos y finos platos colocados unos sobre otros, cubiertos de plata y limpias servilletas que rivalizaban en blancura con la misma nieve.

Al rededor de la mesa principal que como he dicho, ocupaba el centro, y que ostentaba los mas delicados manjares, estaban sentados, sin distincion de grados, excepto

el coronel D. Pedro Lemus que ocupaba la cabecera, algunos coroneles, varios comandantes, capitanes y oficiales de inferior graduacion.

Una cordial y fraternal alegría reinaba en todos los concurrentes.

Cuatro soldados, asistentes de los mismos oficiales, estaban destinados exclusivamente á atender á los que se hallaban en la mesa: otros dos se ocupaban en destapar botellas y quitar las vacías, á la vez que algunos, con la servilleta al brazo, se esmeraban en presentar limpios y relucientes los platos.

Entre los alegres militares que estaban allí reunidos, se veia al intrépido coronel D. Nicolás Acosta, que habia alcanzado, por varios hechos de armas, el renombre de valiente. A su lado estaba su íntimo amigo, el simpático capitán Tamariz, hijo de español como él, y bravo hasta la temeridad. Seguian á éstos el entendido capitán de granaderos D. Manuel María Iturria, oficial muy estimado del general Terán; los de

igual graduacion Gomez del Cid, Quintero, Sandí y Franco: enfrente y ocupando el otro lado, estaban Enrique, Miguel, el capellan de uno de los regimientos, el teniente Agüero, y por último el infame Rossi que, en union de otros compatriotas suyos, ocupaban el otro extremo de la mesa.

El buen humor de los oficiales iba en aumento á medida que se sucedian los platos y se apuraban las botellas.

—Señores:—dijo el intrépido Acosta— puesto que esta será tal vez la última comida que muchos de los que aquí estamos tengamos en este mundo, es preciso que nos entreguemos á la locura, y que brindemos cada cual por los objetos mas caros á su corazon.

—Sí, sí: brindis, brindis.

Gritaron todos.

Entonces se puso en pié el capitan Iturria, y llevando la mano izquierda al corazon, para expresar que sentia el alma lo que los labios pronunciaban, dijo estas palabras.

—Compañeros, brindo porque dentro de

pocas horas, uno de los que presentes estamos, colocará, á no dudar, el pabellon mexicano en el fortin de la Barra.

Y apuró el vaso hasta el último, indicando así *que tenia fé en lo que decia*.

Los demas hicieron lo mismo despues de chocar sus vasos con el del que habia brindado, lo que equivalia á decir: *participamos de la misma opinion; paz y union entre nosotros: juramos desear lo que brindamos*.

Acosta, que tenia un corazon fogoso y patriota, se levantó en seguida, llenó su copa, y se dispuso á brindar.

Todos los concurrentes se pusieron en pié y llenaron las suyas.

—Brindo—dijo llevando la mano izquierda al corazon—por el exterminio de nuestros enemigos, y por el triunfo y prosperidad de la patria.

Y al libar, vertió un poco de licor en el suelo, ejemplo que imitaron los demas, diciendo con esto: *verteré mi sangre por ella en su defensa*.

Trascurridos algunos instantes de anima-

da conversacion, se puso en pié el valiente Tamariz, y pronunció estas palabras.

—Brindo porque con sus altos hechos, inmortalice nuestro general Santa-Anna su nombre en la historia.

Y mientras se expresaba así, tuvo la copa puesta sobre la mesa, pero sin dejarla de la mano, como se acostumbra cuando se brinda por el rey ó por un héroe, lo que significa: *me entusiasma; le defenderé á toda costa; gloria inmortal al caudillo.*

Los platos entre tanto se sucedian, y la conversacion era cada vez mas animada.

—Muy agenos están los españoles que defienden la Barra, de la visita que les espera esta noche.

Dijo el teniente coronel Gonzalez, que se hallaba junto al valiente Lemus.

—Sin embargo, añadió Gomez el Cid, no creo que les encontremos muy descuidados.

—Mejor, replicó Acosta, así tendrá mas mérito el asalto.

—Y estoy seguro que se defenderán como héroes.

—En eso es preciso hacerles justicia;—

observó el capitan Iturria:—el valor y la constancia es patrimonio de los hijos de esa nacion, que ha sido la primera del mundo en armas y en letras.

—Señores—dijo Rossi—brindo porque la lucha sea tenaz y sangrienta, para que sea mayor nuestra gloria; y brindo porque la suerte coloque bajo el alcance de mi espada á un tal D. Andrés, enemigo irreconciliable, cuya vida detesto.

Todos los militares correspondieron al brindis, excepto Enrique y Miguel que colocaron sus copas vacías boca abajo, dándole á entender con esto: *no tenemos vuestras opiniones; nos dáis pesar.*

El capellan tambien, al escuchar las últimas palabras de venganza, opuestas á su doctrina, de caridad, colocó su copa vacía, aunque boca arriba, lo cual equivalia á decirle: *me abstengo de manifestar mi opinion; no puedo decir lo que pienso.*

Rossi observó el desprecio de los primeros, y se mordió los labios.

Los dos amigos llenaron entonces sus copas, cruzaron los brazos derechos, y que-

daron sujetos por este lazo, en tanto bebían, expresando así este concepto: *quedamos sujetos a una misma cadena; nuestra suerte será una; nuestra amistad es indisoluble.*

—Si antes—dijo Rossi para sí—no hay quien rompa esa cadena.

Y siguió hablando alegremente con los que estaban á su lado, sin dejar ver en su semblante ni la mas ligera muestra de resentimiento.

De repente dejó su asiento, y presentando un motivo cualquiera, salió de la sala diciendo que volvía al instante.

A nadie llamó aquello la atención, y continuaron vaciándose botellas.

Poco despues se levantó de su asiento el capellan, que habia guardado la mayor moderación, y dijo:

—Yo, cuyo ministerio es de paz y de caridad, brindo por la augusta religion del Crucificado, que nos dará la verdadera felicidad.

Y despues de beber, besó la copa, acción que imitaron todos: y con la cual expre-

saban: *Dios acoja mi ruego; moriré en su creencia.*

El capitán Quintero, que le habia tocado estar junto á Rossi, se puso en pié, y dijo con voz robusta y clara.

—Brindo por el bravo militar que preside la mesa, y á quien Santa-Anna confía el mando de la division, que asaltaré esta noche el fortín de la Barra.

D. Pedro Lemus se alzó de la silla, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y contestó:

—Yo brindo por la prosperidad de la República, y por el digno presidente que rige sus destinos.

Y en tanto que pronunciaba estas palabras, puso la mano sobre sus condecoraciones, y en esta actitud apuró la copa, expresando con aquella acción este concepto: *juro defender tan caros objetos ó perecer en la demanda* (1).

Rossi volvió á entrar en el comedor: echó

(1) En vez de llevar la mano á las condecoraciones, algunos la llevan al puño de la espada, pues tiene el mismo significado.

una mirada significativa sobre Enrique y Miguel; asomó á sus labios una sonrisa de satisfaccion, y se sentó á la mesa tomando parte en todo lo que se hablaba, y manifestando un claro ingénio en los asuntos festivos que se tocaban.

Terminada la comida en medio de la alegría, de la fraternidad y del entusiasmo patrio, los oficiales se dirijieron á tomar sus espadas de que se habian despojado para sentarse á la mesa.

—Ya es hora—dijo Acosta—de reunirnos á nuestros soldados, para estar dispuestos á marchar al combate.

—Sí;—contestó Tamariz—al estruendo de las botellas, es preciso que siga el estampido del cañon.

—Pues bien, cada uno á su puesto, y á cumplir con la patria.

Los oficiales salieron juntos del comedor; en la puerta de la calle se despidieron dándose la mano, y cada cual se dirigió hácia el cuerpo á que pertenecía.

Miguel, que tambien se habia despedido

de Enrique, marchaba á su casa, preocupado con mil ideas funestas.

La memoria del último golpe que, por su causa habia descargado su fiel criado Pablo sobre Luisa, arrebatándole el hijo querido de sus entrañas y comprometiéndola con su esposo, era un terrible torcedor que le robaba la tranquilidad, y le sumia en una melancolía que no podia arrancar de su corazon.

Ignoraba lo que habia sido de Luisa.

Al ver á Fernando en Altamira, preguntó con prudencia á varios amigos de aquel, si habia llevado en su compañía á su esposa, pero nadie supo darle razon de ella.

La misma pregunta dirigió á Enrique, y éste que ignoraba los acontecimientos de Chapala, porque su cuñado tuvo buen cuidado de ocultárselos, no supo decirle mas, sino que Fernando habia llegado solo.

Todas las pesquisas tambien del indio Pablo para adquirir noticias del sitio en que se encontraba, habian sido inútiles.

Todo esto, unido á la sequedad que creia advertir en Fernando para con Enrique, le

obligaron á que diese entrada en su mente, á una idea espantosa.

Esta idea era la muerte de Luisa, sacrificada á los celos de su indignado esposo, llevada á cabo en medio de las sombras y de la soledad.

Miguel tembló al fijarse en este pensamiento.

Lo pavoroso y sombrío de la tarde, y el aspecto lúgubre que habia impreso el huracán en las calles de la ciudad, contribuían á dar mayor verosimilitud á sus téticos celos.

Nuestro acongojado jóven cruzaba á paso lento el espacio que mediaba de la casa en que habia sido la reunion á la suya, sin que nada pudiera distraerle de los pensamientos que en aquel instante le preocupaban.

Un hombre del bajo pueblo, embozado en una ordinaria frazada, caminaba detras de él y á su mismo paso, sin perder el mas ligero de sus movimientos.

La voz de *cabo cuarto, relevo*, pronunciada á pocos pasos de Miguel, por un centinela que permanecia quieto en la puerta de

un cuartel, vino á sacarle de sus meditaciones.

Miguel le miró, y dejando los recuerdos de Luisa, pensó en los deberes que tenia que llenar como mexicano, y apresuró el paso.

El hombre que le seguia hizo lo mismo.

Miguel llegó á un callejon lúgubre y solitario, por donde no transitaba en aquel instante persona alguna.

El desconocido violentó entonces su marcha para darle alcance.

Al ruido de sus pasos volvió Miguel el rostro.

—Dispense vd., caballero.

Dijo el de la frazada.

— Qué se le ofrece á vd?

Contestó Miguel deteniéndose.

—Hace rato que ando buscando á vd.

—¿A mí...? ¿para qué?

—Para darle un recado de parte de una mujer.

—¿De una mujer!...—exclamó Miguel alborozado, creyendo que tal vez le iba á hablar de Luisa.—¿Y quién es esa mujer?

—Lo ignoro.

—¿Pero su nombre?

—Lo ignoro tambien.

—Pues entonces....

—Solo sé que parece una señora principal, y que me ha encargado vea á vd. con mucho sigilo.

—¿Pero con qué objeto?

—Dice que tiene que hablar con vd. de un asunto muy importante,

—¿Y en dónde está?

—Me ha dicho que la espere vd. en una canoa, junto á las Piedras.

—¿Y esa canoa?

—Es de una persona de mucha confianza, que está ya avisada.

—Y ¿á qué hora asistirá?

—A la oracion: un coche la llevará.

—Es que la columna va á salir dentro de poco para el Paso de Doña Cecilia.

—Seguramente no lo ignora ella, pues me ha dicho pida vd. licencia para permanecer ese tiempo mas, prometiendo reunirse despues á sus compañeros.

Miguel quedó pensando en quién podria ser aquella mujer que con tanto empeño

solicitaba hablar con él, y en lo que debia de hacer.

—No puede ser sino Luisa:—volvió á pensar—ella que ha llegado con su esposo, y que desea verme, sospechando tal vez, que soy yo quien le arrebató su hijo.

—¿Qué respuesta le llevo?

Preocupado Miguel con la idea que habia concebido, contestó despues de meditar otro instante.

—Que estaré á la oracion en el sitio señalado.

—Se lo diré así: adios.

—Adios.

Y Miguel se dirijió en el acto á pedir la licencia de permanecer algunas horas mas en la poblacion, mientras el desconocido, volviendo por las mismas calles que habia llevado, se dirijió á un personaje que se hallaba quieto en una esquina, esperándole sin duda.

—¿Qué ha dicho?

Preguntó el que habia estado esperando.

—Que irá.

En el rostro del primero brilló la alegría, y continuó.

—¿A la oracion?

—A la oracion.

—Bien, Pedro; y dime, ¿estaré la canoa?

—Pierda vd. cuidado, que eso corre de mi cuenta.

—Corriente.

—¿Tiene vd. algo mas que ordenarme?

—Nada, Pedro, sino que recibas esta gratificacion en premio de tus servicios.

Dijo el personaje alargando á su interlocutor algun dinero.

—Gracias.

—Ahora, á disponer la canoa, que dentro de un instante estaré yo allí.

—Pues hasta luego, señor amo.

—Hasta luego, Pedro.

Y ambos se separaron, tomando cada cual por distinto rumbo.

En aquel instante salia Miguel de conseguir su solicitud, y se dirijia hácia su casa, ocupado con la idea de la misteriosa cita.

En todas las casas y cuarteles se escucha

ba el ruido de las armas, que los soldados empuñaban para marchar al asalto.

De repente se oyó el ruido de muchos pasos, sin que se escuchasen mas que las palabras: *alto, alinear, firmes y descansen*: era la tropa que salia de sus cuarteles y se formaba en las calles, sin que sonase una caja ni una corneta.

Miguel desempeñó en su casa lo que tenia que hacer, y se asomó al balcon á ver la columna que en aquel instante emprendia su marcha en el mayor silencio.

Detras de él apareció el indio Pablo, observándole con cariñosa solicitud.

La tarde estaba nebulosa y fria; y aunque el huracán habia calmado su terrible furia, el cielo se presentaba triste, y la naturaleza sombría.

—Cuánto siento, señor amo, que su merced *haiga* dejado su marcha para *mas dispues*.

Dijo el indio con timidez, quitándose el sombrero con una mano, y llevando la otra á la cabeza en ademan de rascarse.

—¿Por qué, Pablo?

—Porque yo todo lo *desamino*, señor amo, y....

—Vamos, ¿y qué has examido que te haga sentir mi permanencia aquí por algunas horas?

—Primeramente el que en la *escuridad* puede caer su merced en *posicion* del enemigo al pasar el rio.

—Adelante.

—*Segundamente*, que de *al tiro* se me resiste creer que una señora *talentuda* y *provisora* como Luisa, se *chispe* de su casa á esa hora, y *vaiga* á buscar á su merced á una parte tan *sólida*.

—Continúa.

—Y *últimadamente* que no *deviso* en la tropa que acaba de salir, por mas que *pelo el jalisco*, á un *siñor* capitan que es mas *maleta* (1) que el que mató á su hermano *Babel*.

—¿Hablas de Rossi?

—Sí, señor amo.

—¿Y dices que no ha salido con la *division*?

—Estoy seguro, señor amo, y temo....

(1) Malo.

—¿Qué, habla?

Contestó Miguel algo preocupado con lo que decia el indio.

—Aunque á *ocasiones* soy indio *cuatro orejas*; señor amo, algunas no dejo de ser *pico largo*, y entonces el que me la pegue tiene que saber mas que *Salomé*, que dicen *jué* un rey muy *sabijondo*, y mas valiente que *Jonatás* cuando se tragó á la ballena.

—Dí lo que tengas que decir, y acaba.

Exclamó con alguna impaciencia Miguel.

—Veo, señor amo, que se le altera á su merced la *biblia*, y no me atrevo....

—No, hombre, mi bilis no se exalta por tan poca cosa; pero das tantos rodeos para decir algo....

—Tiene razon su merced; pero su merced sabe que lo digo porque deseo su bien.

—Sí, Pablo, sí; tú eres un buen criado, y yo sé apreciar tus nobles y leales sentimientos.

En aquel instante se oyó galopar en la misma calle un caballo, guiado por un oficial que se dirijia en alcance de la columna. Miguel y Pablo fijaron la vista en el

ginete que pasó por enfrente del balcon, sin notar al parecer en ellos.

--;Rossi!

Dijo Pablo cuando el oficial iba ya á una distancia considerable.

--¿Sospecharás ahora que es él quien me envió el recado, cuando se aleja con la division?

--Con efecto....

Y el indio se quedó pensando. De repente, como iluminado de una idea infalible añadió:

--¿Y si es su marido?

--;Su marido!....

Exclamó Miguel, viendo en aquella observacion una cosa verosimil que le alarmó.

--Desde que se encontró con su merced en Altamira, no me hace güen *estógamo* ese hombre. Siempre que le encuentra á su merced le echa una mirada que la verdad no me *cuadra*.

--No, no, imposible:--dijo al fin Miguel deshechando aquella idea y teniendo por ridículo aquel temor.--Fernando sabe muy bien que no rehusó un duelo, y no hubiera

echado mano de un medio tan poco noble para hacerme acudir á la cita: ademas le he visto marchar con la division, y esto le pone á cubierto de toda sospecha injuriosa.

--Me convence su merced, y sin embargo....

--Deja de sospechar de nadie, Pablo: Luisa sabia sin duda por su marido que la columna iba á salir, y se ha valido de aquel hombre para preguntarme por su hijo, por su querido Juanito.

Pablo movió la cabeza con aire de duda.

Miguel no advirtió aquel movimiento, y quedó callado.

--¿Y no quiere su merced que yo le acompañe?

--Pablo--contestó Miguel con tono impetuoso--te he dicho que quiero ir solo y basta.

--Está bien, señor amo; no se *desincomode* su merced por mi *güena* voluntad.

Miguel, provisto de sus armas, salió á la calle cuando se extinguía en el cielo la última luz crepuscular.

Pablo, al verle marchar, le envió una de